

## 1. VICARIO DEL RECTOR MAYOR

# INDICACIONES PARA UN CAMINO DE ESPIRITUALIDAD SALESIANA

### Algunos puntos clave en la enseñanza de don Egidio Viganó

Introducción.- 1. La iniciativa de Dios. 2.- La consagración apostólica. 3.- El Cristo a quien seguimos y contemplamos. 4.- La caridad pastoral. 5.- *Da mihi ánimas*. 6.- «Procura hacerte querer»: la pedagogía de la bondad. 7.- El éxtasis de la acción. 8.- La gracia de unidad. 9.- Educar evangelizando, evangelizar educando. 10.- Inmaculada y Auxiliadora.

Roma, 24 de septiembre de 1995

*Queridos hermanos:*

Durante el mes de septiembre se os mandó la carta recuerdo de don Egidio Viganó. En ella, además de su semblanza biográfica, evocamos de forma sintética, según la naturaleza del escrito, sus frentes de trabajo como Rector Mayor, su estilo de animación y los rasgos de su personalidad.

Ahora se prepara en la Dirección General una edición de sus sesenta y cuatro circulares con el correspondiente índice de materias. El volumen formará parte de la colección que recoge las circulares de los precedentes rectores mayores: el beato Miguel Rúa, don Pablo Álbera, el beato Felipe Rinaldi y don Pedro Ricaldone. A la vez se publicarán en otro tomo las de don Luis Ricceri, a quien le tocó orientar la preparación y el primer período de la renovación que siguió al Concilio Vaticano II. Junto con las actas de los capítulos generales 20º, 21º, 22º y 23º, ambas obras serán un testimonio y una documentación, al alcance de todos, de la reflexión, de los retos, de las orientaciones y de los esfuerzos de reno-

vación que han caracterizado los treinta años transcurridos desde el final del Concilio hasta nuestro próximo XXIV Capítulo General.

Me ha parecido que, como complemento de la carta mortuoria, convenía ofrecer una lectura de algunos puntos habituales en la enseñanza de don Egidio. No todos, evidentemente, ni siquiera de entre los que podrían considerarse principales. No lo permitía el espacio. He elegido únicamente los que se refieren más de cerca y directamente a la espiritualidad del salesiano y son frecuentes, aunque sólo sea por simple alusión, cuando don Egidio trata los temas que nos ofreció con fórmulas originales, pero que, sin embargo, están sólidamente unidos entre sí hasta el punto de constituir los rasgos de una fisonomía.

No pretendemos una síntesis completa de cada uno de ellos, que resulta imposible, sino sólo una evocación substancial.

El momento actual se distingue, entre nosotros, por el acontecimiento del Sínodo sobre la Vida Consagrada, cuyo documento conclusivo aguardamos, pero cuyas principales preocupaciones se perciben ya en el instrumento de trabajo y en los debates de la asamblea. Nos estimula a meditar sobre lo que el mundo y la Iglesia esperan de los religiosos, y nos recuerda la originalidad de san Juan Bosco en el testimonio del Evangelio.

Sin embargo, estos meses se distinguen también por la preparación próxima, organizativa y espiritual del XXIV Capítulo General. Precisamente estos días se halla en la casa generalicia la Comisión Precapitular, que, nombrada por el Rector Mayor, debe redactar «los esquemas que se mandarán con suficiente antelación a los miembros del Capítulo General» (Reglam. 113).

A la luz de estos hechos, pues, os invito a repasar algunos puntos clave de nuestra espiritualidad tal como nos los presentó don Egidio Viganó.

## 1. La iniciativa de Dios

(ACS 303: ACG 312. 334. 337. 342. 352)

«Hay que recordar constantemente que en la base de todo está el fascinante misterio de la Santísima Trinidad; como dicen las Constituciones renovadas, “nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes”»<sup>1</sup>.

1. ACG 347, pág. 13

Una característica de toda espiritualidad cristiana es la conciencia del don, de la gracia, con que Dios entra por iniciativa propia en nuestra conciencia dentro del contexto de la historia. Es una diferencia substancial frente a las espiritualidades racionalistas, que todo lo confían únicamente al esfuerzo, por noble que sea, de la persona.

Si se quiere trazar con realismo el camino espiritual de los salesianos en sus elementos característicos y en su vitalidad, es imposible ignorar este origen de la presencia operante del Espíritu del Señor; y, por parte de los hijos de san Juan Bosco, la acción de gracias, la acogida y la voluntad de corresponder.

La presencia del Espíritu del Señor se percibe en tres ámbitos. Ante todo, en la Iglesia. «El Espíritu Santo —dice la constitución *Lumen gentium*— conduce a la Iglesia a la verdad plena, la une en la comunión y en el servicio, la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la adorna con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio, el Espíritu rejuvenece a la Iglesia, la renueva sin cesar y la lleva a la unión perfecta con su esposo»<sup>2</sup>. Es el Espíritu quien da la vida y se manifiesta en la historia como energía imprevista y transformante, sobre todo por medio de los profetas, los santos, los pastores y los guías valientes e inspirados. De la animación de la Iglesia por el Espíritu tenemos signos inequívocos en nuestro tiempo. Ahí está el movimiento de

2. LG 4.

reflexión, adaptación pastoral y espiritualidad suscitado por el Concilio, que todavía hoy es fecundo en manifestaciones nuevas y originales.

La presencia y la acción del Espíritu superan las fronteras de la Iglesia visible; llenan la tierra. La Iglesia escucha, en los signos de los tiempos, su voz, que resuena en la conciencia de los hombres y se percibe, sobre todo, en la búsqueda religiosa, en las nobles y desinteresadas iniciativas con vistas al crecimiento espiritual del hombre y en el sentido moral<sup>3</sup>. El conjunto de tales signos nos dice que vivimos en una hora privilegiada del Espíritu<sup>4</sup>.

3. Cf. RM 28

4. Cf. EN 75.

Una de las obras del Espíritu a lo largo de la historia por medio de mil inspiraciones es la vida consagrada que, siguiendo a Cristo, se concentra en el misterio de Dios y trabaja con amor en la salvación del hombre. «En el origen de todo instituto religioso no hay una teoría ni el sistema de un pensador, sino una historia o una experiencia vivida con una docilidad especial y concreta al Espíritu Santo»<sup>5</sup>.

5. ACS 310, pág. 6

Lo afirmamos, particularmente, de nuestro carisma y de su realización por san Juan Bosco y por quienes le han sucedido como discípulos atentos a los signos del Espíritu. Aquí tenemos el segundo ámbito de observación y de fe para los salesianos. «Nuestro Padre comprendió que el cielo le encomendaba una vasta misión juvenil. Para cumplirla tuvo conciencia clara de que estaba llamado a fundar no simplemente un instituto religioso, sino todo un movimiento espiritual y apostólico de grandes proporciones»<sup>6</sup>. Espiritualidad y misión al servicio de la Iglesia y del mundo caminan en la dirección del Espíritu, es decir, de la apertura del hombre al reconocimiento y comunión con Dios.

6. ACS 304, pág. 6-7

El tercer ámbito en que debemos captar la acción del Espíritu es nuestra vida personal. En ella percibimos el don de Dios que nos atrae hacia sí; Cristo nos seduce y lo seguimos con todas las consecuencias. Experimenta-

mos una sintonía casi espontánea con san Juan Bosco y queremos trabajar en la misión juvenil. Es la vocación personal sobre la que dice el artículo 22 de las Constituciones: «A cada uno de nosotros Dios lo llama a formar parte de la Sociedad Salesiana. Para esto, recibe de él dones personales y, si corresponde fielmente, encuentra el camino de su plena realización en Cristo».

La conciencia del don, nuestra voluntad de respuesta, la consonancia con el carisma salesiano y el proyecto de vida que consiguientemente asumimos, se expresan públicamente en la profesión, sobre todo en la perpetua, dado su carácter de definitiva. La profesión «es signo del encuentro de amor entre el Señor, que llama, y el discípulo, que responde entregándose totalmente a él y a los hermanos» (Const. 23). Implica a la conciencia y la vida, y no sólo la pertenencia externa. Es siempre ofrecimiento e iniciativa de Dios y no sólo acto del hombre. Por lo que «la acción del Espíritu es, para el profeso, fuente permanente de gracia y apoyo en el esfuerzo diario de crecer en el amor perfecto a Dios y a los hombres» (Const. 25).

Así, el bautismo, la vocación y la profesión religiosa son las etapas de nuestro situarnos con cada vez mayor atención y disponibilidad en el espacio del Espíritu que comunica al mundo el amor de Dios y lo mueve hacia él.

De aquí se deducen tres consecuencias. La primera es que tomamos la “vida en el Espíritu”, la santidad, como el núcleo principal de nuestro proyecto de vida<sup>7</sup>. Santidad entendida no sólo como correcto comportamiento moral o como esfuerzo ascético, sino como estilo y forma de vida en el que se transparenta de manera peculiar el misterio de Dios, liberador y cercano. Sin esto no hay vida consagrada, aunque se cumplan todos los requisitos institucionales. Por ello, «relanzar la santidad» es un asunto decisivo para nuestra renovación. «Es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes»

7. Cf. ACS 303

(Const. 25) y el medio más eficaz y adecuado para cumplir nuestra misión. La espiritualidad, o santidad, tiene también un valor temporal y secular, no sólo por las obras de caridad en favor de los pobres, sino por el sentido, el mensaje y los valores que ofrece a la existencia humana.

Pero hay una segunda consecuencia. Nosotros queremos alcanzar la santidad siguiendo el modelo y el camino que el Espíritu hizo ver en san Juan Bosco. La referencia constante a él y a la vivencia plasmada en su seguimiento resulta, pues, imprescindible tanto para reproducir adecuadamente los rasgos ya afirmados, como para discernir nuevas formas de realizarlos en el contexto actual. «El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro» (Const. 21).

Las dos consecuencias precedentes llevan a la tercera. Elegimos como camino pedagógico hacia la santidad el que proponen las Constituciones con sus vivencias fundamentales (misión, consejos evangélicos, comunidad, oración) vividas en el grupo humano que las toma como código de vida: la Congregación Salesiana con su tradición espiritual y en su realidad actual. Si es verdad que «nuestra regla viviente es Jesucristo, el Salvador anunciado en el Evangelio, que hoy vive en la Iglesia y en el mundo, y a quien nosotros descubrimos presente en Don Bosco, que entregó su vida a los jóvenes» (Const. 196), también lo es que nosotros acogemos las Constituciones como testamento de Don Bosco, como nuestro libro de vida; que las meditamos en la fe y nos comprometemos a practicarlas con sentido espiritual, porque para nosotros, discípulos del Señor, son un camino que conduce al amor (cf. *ibidem*).

Deseo y propósito de santidad, Don Bosco padre y maestro, Regla y comunión salesiana son las coordenadas para el camino de crecimiento espiritual de un consagrado salesiano que desee responder a las llamadas del Espíritu. Sin tales coordenadas es difícil llegar lejos.

## 2. La consagración apostólica

(ACG 312. 337. 342. 346. 352)

8. Cf. ACG 312

Cuando don Egidio Viganó, después del XXII Capítulo General, presentó el «texto renovado de nuestra Regla de vida»<sup>8</sup>, indicó la consagración apostólica (cf. Const. 3) como el tema general y el primero entre los principios inspiradores de la renovación.

Los elementos que caracterizan nuestra espiritualidad de religiosos apóstoles tienen su razón de ser en la consagración, y específicamente en la forma original que llamamos consagración apostólica.

Es uno de los importantes logros en el camino de definición de nuestra identidad durante las profundizaciones realizadas en la Iglesia después del Concilio Vaticano II y de las que se han hecho eco algunas insistentes declaraciones de los últimos tiempos<sup>9</sup>. «En la base de la vida religiosa está la consagración». «La Iglesia os ve, ante todo, como personas consagradas»<sup>10</sup>.

9. Cf. LG 44; PC 5; ET 4. 7; MR 8. 10. 11; RD, cap. III

10. *Elementos esenciales de la enseñanza de la Iglesia sobre la vida religiosa*, núm. 5

Comprender, pues, más a fondo la consagración en sus raíces bíblicas y en sus dimensiones teologales y eclesiales, pero también a la luz de la experiencia concreta del Fundador, es un elemento substancial para descubrir y actualizar el carisma, para tener una visión unitaria del proyecto de vida salesiano y, consiguientemente, para vivir y manifestar de forma auténtica nuestra espiritualidad.

Ahora bien, precisamente este esfuerzo de comprensión nos ha llevado a subrayar algunos aspectos. El primero es el sentido global o total de la consagración. En efecto, la consagración es un elemento particular de la vida salesiana que se puede indicar antes o con los otros, pero la abarca toda. No incluye sólo los votos, sino todo el ser y actuar de la persona, puesta en una relación muy singular con Dios que marca nuestra vivencia personal en lo que tiene de más profundo y nuestro

trabajo en la educación. Una vida que se siente atraída por Dios y que se concentra en él, sea que lo busque en la oración, en el silencio y en la soledad, sea que se proponga servirlo en los hermanos con algún servicio de caridad, que a veces puede ser de gran compromiso.

Naturalmente, cuando hablamos de la consagración, no pensamos sólo en un momento particular, por ejemplo, el de la profesión; nos referimos al “continuum” de toda la vida, de la que la profesión es el momento significativo y cuasi sacramental. Pensamos en una vivencia personal e interior que comienza antes de la profesión, cuando el Señor se va convirtiendo en centro de nuestro pensar y en preferencia de nuestro querer. La acogida de esta gracia del Espíritu la declaramos ante el Señor y ante la Iglesia en el acto de la profesión, y es reconocida e incorporada de un modo particular a la vida y misión del pueblo de Dios. Después seguirá, hasta la muerte, haciéndose cada vez más plena y profunda como acción de Dios y respuesta personal a medida que su realidad penetra en nuestro ser. Es obvio que la vida resulta verdaderamente consagrada no tanto en virtud de los elementos institucionales, organizativos o rituales que la distinguen exteriormente, cuanto por la relación vital que se entabla con Dios, ya que en toda consagración la fuerza que consagra es su presencia. Este aspecto existencial y personal de la consagración es hoy particularmente sentido y determinante.

Aquí tenemos otro elemento fundamental de comprensión, resaltado por la voz pasiva del verbo: consecratur. La consagración del religioso, sobre la base de su consagración bautismal, pone en evidencia la iniciativa totalmente libre y gratuita de Dios. Según expresión de don Egidio, es la «primera chispa del amor, la que salta a la hora cero, cuando todo comienza y surge la amistad, donde nace la especial alianza entre Dios que llama y el hombre que responde»<sup>11</sup>. Lo primero en la consagración no es la voluntad del hombre para llegar a Dios

11. ACG 312, pág. 27



y ser completamente suyo, sino una visita, un don, una irrupción de su gracia en nuestra existencia. Indica primeramente la acción de Dios que por la mediación de la Iglesia nos toma totalmente para sí comprometiéndose a protegernos y guiarnos.

Sin embargo, también es verdad que esta acción divina no es ajena a nuestros movimientos más profundos. Se deja sentir en ellos y en ellos recibe nuestra respuesta, de modo que resulta «el encuentro de dos amores»: el Padre nos atrae hacia sí y nosotros nos ofrecemos totalmente a él. «La iniciativa y la misma posibilidad de la alianza proceden de Dios, pero se confirman con la libertad de nuestra respuesta; es él quien nos llama y nos ayuda a responder, pero somos nosotros quienes nos damos; es él quien nos consagra y nos envuelve con su Espíritu, nos toma para sí, nos hace totalmente suyos..., pero somos nosotros los que deseamos concentrarnos en él, escuchándolo y contemplándolo»<sup>12</sup>.

12. ACG 312, pág. 27 s.

Entender la consagración como alianza de amor, fruto de una llamada y una respuesta y que nos interpela continuamente, da a nuestra vocación su carácter dinámico y su unidad profunda.

Con razón subraya nuestra Regla de vida el carácter peculiar de la consagración que nos distingue como salesianos, ya que su fundamento es el proyecto inspirado por Dios a nuestro Fundador: proyecto apostólico en el que la misión de servir a la juventud es el aspecto que caracteriza nuestro vivir totalmente para Dios; misión que está unida intrínsecamente al testimonio de los valores evangélicos y de la comunión fraterna.

No hay separación ni disonancia entre consagración y misión, sino «mutua e indisoluble compenetración, que nos hace salesiana y simultáneamente apóstoles religiosos y religiosos apóstoles. La consagración informa toda nuestra vida, y la misión califica todo nuestro testimonio»<sup>13</sup>. La misión, entendida en su significado bíblico, que la vincula a la de Cristo el consagrado del Pa-

13. ACG 312, pág. 16

dre y mandado al mundo, aparece así como un aspecto constitutivo de nuestra consagración. Por otra parte, nuestra vida consagrada se define y precisa por la misión, y debe proyectarse y realizarse en ella. Lo dicen las Constituciones cuando afirman que «la misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas» (art. 3).

Todo esto afecta a la raíz de nuestra identidad de salesianos y es una orientación concreta para nuestra vida y nuestra espiritualidad, con consecuencias para el modo de trabajar, de vivir juntos y de orar.

En primer lugar, la conciencia de ser consagrados apóstoles da el significado justo a la misión, que no es simplemente actividad o acción externa, sino un don de Dios. Nos inserta en el misterio trinitario del envío del Hijo y del Espíritu Santo por parte del Padre y en la misión de la Iglesia y de su específica tarea histórica.

Así se explica la insistencia particular que se hace sobre la interioridad como condición esencial para la eficacia de la acción apostólica y misionera, ya que el ardor en la misión procede del misterio de Dios<sup>14</sup>: la Iglesia y la Congregación sólo podrán afrontar los retos de la nueva evangelización, si están unidas constantemente a ese misterio.

En ese aspecto reconocemos un carácter típico de nuestra espiritualidad de consagrados apóstoles: consagrados y, por tanto, sólidamente arraigados en Cristo y en su Espíritu, con una actitud de obediencia filial al Padre que nos ha llamado, y, simultáneamente, «misioneros de los jóvenes», enviados a transmitirles su amor infinito: es nuestro dinamismo espiritual de base, que nos sitúa en la vertiente de la espiritualidad de la vida activa<sup>15</sup>.

Cuando se vive con plenitud, es el camino de nuestra santificación. La acción apostólica, y para nosotros concretamente la opción por la educación, dentro del proyecto de vida consagrada, es el lugar privilegiado de

14. Cf. ACG 336, pág. 15

15. Cf. ACG 334, pág. 32; 336, pág. 33 ss.

16. ACG 337, pág. 35 ss.

17. ACG 337, pág. 37

nuestro encuentro con Dios y, por lo tanto, el camino hacia la santidad, hasta el punto de poder afirmar que el salesiano está llamado a santificarse educando<sup>16</sup>. Se trata de hacer «del trabajo educativo el espacio espiritual y el centro pastoral de la propia vida, de la oración, de la competencia profesional y del vivir cotidiano»<sup>17</sup>.

18. ACS 308, pág. 18 s.

Para concluir, es interesante recordar que el mismo sufrimiento del salesiano recibe de su consagración apostólica un valor específico. «Nuestra espiritualidad de la acción no nos enseña a esquivar el dolor, a pasar por encima de él o a eliminarlo; lo acepta y cambia su significado, transformándolo en potencial de salvación. Así, el mismo sufrimiento, vivido como participación en el misterio pascual, tiene un peculiar valor apostólico, que no es escaso»<sup>18</sup>.

### 3. El Cristo a quien seguimos y contemplamos

(ACS 290. 296: ACG 334. 324. 337)

Partimos de un hecho que se da por supuesto. «Somos discípulos de Cristo que, con la profesión, hemos hecho un gesto de libertad muy original eligiendo de forma radical y para siempre al Señor Resucitado. *Cristo es nuestra opción fundamental*, que condiciona y orienta todas las demás. El corazón del salesiano pasa por el misterio pascual antes de lanzarse por cualquier otro camino de la historia... Sólo a partir de Cristo se explica nuestro género de vida, nuestra pertenencia a la Iglesia, nuestra misión juvenil y popular, nuestro proyecto educativo, nuestra actividad y el modo de realizarlo.

19. ACS 296, pág. 5

»Hoy es importante renovar con claridad la conciencia de esa opción fundamental de modo que sea operativa en nuestras convicciones, en el testimonio de vida y en los compromisos de trabajo»<sup>19</sup>.

Se trata del misterio total de Cristo y de su manifestación aún en vías de desarrollo: Cristo, Hijo de Dios y verdadero hombre, nacido de María, muerto y resucitado; consagrado y enviado; fundador y cabeza de la Iglesia; profeta, sacerdote y rey. A él tenemos acceso por la escucha y meditación de la Palabra, particularmente del Evangelio, por la celebración del misterio eucarístico, por el propósito de conversión y el esfuerzo de configuración, y por la participación en la vida de la Iglesia y la escucha a las demandas de salvación que llegan del mundo, especialmente del ámbito juvenil.

Sin embargo, hay aspectos de Cristo que atraen de forma particular nuestra atención de salesianos. Los presentamos con textos originales de don Egidio.

### *El Cristo buen pastor*

«Jesucristo es el centro vivo y existencial de nuestra vida consagrada. Todos los consagrados se centran en Cristo; pero nuestro testimonio específico se distingue por el aspecto pedagógico-pastoral con que miramos a Cristo en cuanto buen pastor que creó al hombre y ama sus cualidades, lo redimió, perdona sus pecados y lo hace nueva criatura por medio de su Espíritu. Esta centralidad de Cristo pastor debe brillar como sol en nuestros ambientes por un renovado fervor eucarístico y con todas las iniciativas que muestran un modo cotidiano de vivir y educar que “informa nuestras relaciones con Dios, el trato personal con los demás y la vida de comunidad en la práctica de una caridad que sabe hacerse amar” (Const. 20). El hecho de subrayar en Cristo su actitud de buen pastor supone ciertamente generosidad en la entrega a los jóvenes hasta la cruz; pero también evidencia una actitud que conquista por la mansedumbre y la donación de sí, por la bondad...»<sup>20</sup>.

### *El Cristo amigo de los jóvenes*

El Evangelio hace ver, de diversas formas, el amor de Jesucristo a los jóvenes: los ama (Mc 10, 21: *Jesús se le quedó mirando con cariño*); los quiere a su lado (Mt 19, 14-15; Mc 10, 13-16; Lc 18, 15-17: *Dejad que los niños...*; Lc 19, 46-48: *El que acoge a este niño en mi nombre...*); los invita a seguirlo (Mt 19, 16-26; Mc 10, 17-22: *el joven rico*); los cura (Jn 4, 46-54: *Anda, tu hijo está curado*); los resucita (Lc 7, 11-15: *¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!*; Mc 5, 21-23; Lc 8, 40-45: *la hija de Jairo*); los libra del demonio (Mc 17, 14-18; Lc 9, 37-43: *echa el demonio de un muchacho*; Mt 15, 21-28; Mc 7, 24-30: *y de la hija de una cananea o sirofenicia*); los distingue con el perdón (Lc 15, 11-32: *parábola del hijo pródigo*); se apoya en ellos para hacer milagros (Jn 6, 1-15: *Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes... y un par de peces...*).

Sin Jesucristo no se explica la predilección radical de san Juan Bosco...; la fuente de su origen y vitalidad se halla en el seguimiento de Cristo<sup>21</sup>.

21. ACS 290, pág. 17 s.

«El corazón del salesiano está lleno de Cristo para amar a los jóvenes como los ama él; fija sus ojos en Cristo amigo de los pequeños y de los pobres; por eso su entrega a la juventud y a las clases populares resulta más intensa, más perseverante, más genuina y más fecunda...

»En una hora de búsqueda de identidad personal y colectiva, lo primero que hay que asegurar es el significado de nuestra profesión religiosa, que nos incorpora a una comunidad que ha hecho su opción fundamental por Cristo salvador y pastor, amigo de los jóvenes»<sup>22</sup>.

22. ACS 296, pág. 7

### *Cristo, el hombre nuevo*

«Descubrimos, sin excesiva dificultad, que la verdadera obra maestra de Dios es el hombre, hecho a su

imagen, síntesis viva de las maravillas cósmicas, libre y audaz, que piensa, juzga, crea, ama y, por ello, está destinado a ser el liturgo de todo lo creado, voz de alabanza, mediador de gloria, en diálogo de felicidad con el mismo Creador...

»Es precisamente en nuestra historia donde Dios, al llegar la plenitud de los tiempos, hizo surgir el hombre nuevo, su obra maestra definitiva: Jesucristo.

»Es la cumbre de toda la creación. En él —dice el Concilio— “se ilumina el misterio del hombre... Él, imagen de Dios invisible, es también el hombre perfecto..., unido en cierto modo a todo hombre..., primogénito entre muchos hermanos.

»Durante su vida terrena se sintió solidario con cada uno de los hombres de todos los siglos, desde Adán —su progenitor— hasta el último hermano que nazca al final de los tiempos. Como solidario en el bien y en el mal, venció el pecado con el poder del amor más grande, que demostró dando su vida en el acontecimiento supremo de la Pascua»<sup>23</sup>.

23. ACG 337, pág. 17-18

«El fin o meta a que tiende la educación es Cristo, el hombre nuevo; todo joven está llamado a realizarse en él y a su imagen...

»No se trata de entablar polémica, sino de estar convencidos de que el acontecimiento de Cristo no es simplemente la expresión de una formulación religiosa, sino un hecho objetivo que se refiere en concreto a cada uno de los individuos de la especie y da un sentido definitivo a la historia humana. Toda persona tiene necesidad de Cristo y hacia él tiende, aunque no lo sepa. Poder llegar a él es un derecho existencial de todo hombre; impedirlo es, de hecho, conculcar un derecho humano. La tendencia hacia Cristo —consciente o inconsciente, adormecida o no— es intrínseca a la naturaleza del hombre, creado objetivamente en el orden sobrenatural, donde el proyecto hombre está pensado con vistas al misterio de Cristo, y no viceversa»<sup>24</sup>.

24. ACG 337, pág. 30

*Cristo, corazón del mundo y misterio que actúa en la historia*

«Cuando el calificativo “nuevo” se refiere a la cultura, sólo indica que algo está emergiendo en el devenir, aunque requiera una atenta y renovada forma de pastoral; cuando se aplica al misterio de Cristo, el mismo adjetivo significa plenitud de la novedad verdadera y definitiva. Es nueva, no porque no la hayamos percibido nunca o porque se vea interpelada por problemas desconocidos anteriormente, sino porque es la cumbre maravillosa de la aventura humana, ya que proclama la meta suprema de la historia y la fuente de todas las esperanzas de los siglos...

»Evangelizar quiere decir, ante todo, saber anunciar al hombre de hoy la gozosa y grata noticia de la Pascua, que subvierte y deshace el caduco atractivo de las novedades mudables que pronto se convierten en la monotonía insatisfecha que suele caracterizar a la tediosa existencia de una civilización meramente horizontal»<sup>25</sup>.

25. ACG 33, pág. 11-12

«Con razón, pues, afirma el Concilio: “Jesucristo es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el que caminan los anhelos de la historia y la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud de sus aspiraciones...” (GS 45).

»Me parece importante, queridos hermanos, tener siempre en cuenta esta síntesis de fe, para... convencernos de que es imposible prescindir de Cristo en la promoción del hombre y en el desarrollo de una verdadera pedagogía salesiana»<sup>26</sup>.

26. ACG 324, pág. 19

#### **4. La caridad pastoral**

(ACS 304; ACG 312. 326. 332. 334. 335. 337. 338)

El artículo de las Constituciones que sirve de introducción al espíritu salesiano afirma que «su centro y sín-

tesis es la caridad pastoral, caracterizada por aquel dinamismo juvenil que tan fuerte aparecía en nuestro Fundador y en los orígenes de nuestra Sociedad» (Const. 10).

Son afirmaciones muy importantes: no se trata de un elemento que se pone junto a otros, sino de la fuente de nuestra identidad espiritual y pastoral. De ella brota la energía unificadora que nos da una fisonomía propia, nos impulsa a la donación personal y nos une en comunión.

Hay que volver, pues, una y otra vez a ella, para aclarar su naturaleza, ahondar en su contenido y especificar sus consecuencias prácticas, sin contentarse con perspectivas genéricas ni con el eco espontáneo que producen en nosotros.

El mejor punto de observación, igual que para todos los aspectos del carisma, es la vivencia del Fundador y la vida de los primeros discípulos, captadas en su mismo nacimiento.

«La Familia Salesiana —dice don Egidio— nació del amor de san Juan Bosco a la juventud. Un amor de predilección que perfeccionó y desarrolló sus inclinaciones y dotes naturales, pero que, en su raíz, era un don especial de Dios, concedido con miras a un designio de salvación en la época moderna. Una predilección que en él brotaba de una adhesión entusiasta y total a Jesucristo»<sup>27</sup>.

27. ACS 290, pág. 17

La primera chispa de la vocación salesiana es, pues, un amor de Dios intenso, bien definido, orientado hacia la juventud pobre y abandonada. En san Juan Bosco se hará poco a poco proyecto de vida; él mismo confesará que se trataba de una gracia singular: «El Señor me ha enviado a los jóvenes; por eso es necesario que no gaste mis energías en cosas ajenas a esa misión y que conserve mi salud para ellos». Tal proyecto lo realizará en el seguimiento radical de Cristo, contemplado en su anhelo de dar dignidad y salvar a las personas, sobre todo, a las más humildes y necesitadas.



La fuente, comienzo y energía de desarrollo del carisma salesiano se encuentra, pues, en un amor con dos polos indisolubles: Dios y los jóvenes; en la donación total de sí mismo a Dios en la misión juvenil y, análogamente, en la donación total de sí mismo a los jóvenes en un movimiento hacia Dios. En esa línea se forjará la santidad de Don Bosco. Para seguir dicho ideal, convocará a los jóvenes que ve más dispuestos; lo cual dará la original imagen de nuestra Congregación en su nacimiento.

La caridad es el fundamento y la energía de toda vida espiritual, el primero de todos los mandamientos, su raíz y el mayor de ellos, meta a la que tender, la substancia y el mejor de los carismas, el distintivo de todo estado o vocación cristiana. Así fue para Jesucristo, para san Pablo (cf. 1Co, 13-14), y para nuestro patrono san Francisco de Sales, que cantó su belleza incluso humana; así fue también para san Juan Bosco, que exalta toda forma de caridad como una característica excelsa del corazón cristiano. En el sueño de los diez diamantes, la caridad, sin ninguna especificación más, aparece en la parte delantera, y precisamente sobre el corazón del personaje. Tres diamantes brillaban en su pecho... El que estaba sobre el corazón tenía una inscripción: *Caridad*. Es, de todos modos, el amor cuya suprema expresión se dio en Jesucristo, Hijo del Padre y Redentor del hombre, y que el Espíritu Santo infunde en nuestro corazón cuando, por la fe y el bautismo, nos injerta en Cristo.

Precisamente por la riqueza de Cristo, por la creatividad del Espíritu y por las posibilidades expresivas de la persona humana son innumerables los “tipos” o concreciones históricas de la caridad.

La que está en el centro del espíritu salesiano se define como “pastoral”. Nos recuerda la imagen de Dios pastor que libra a su pueblo de la esclavitud, lo guía por el desierto, lo conduce a verdes praderas, le revela su plan y hace alianza con él. Trae también a nuestra imaginación la figura de Cristo buen pastor que recorre los caminos

de Palestina, encuentra a la gente y cura sus males, revela el Reino, muere en una cruz y resucita para que los hombres tengan vida en abundancia. El término “pastoral” habla de vida, alimento, dignidad y orientación desde el nivel más elemental hasta el más alto.

La caridad pastoral se inflama en la contemplación del misterio de Dios que interviene en la historia para salvar; se manifiesta en el deseo de tomar parte en su obra de salvación y de ponerse a su disposición para actuar en unión con él.

Su contenido es la entrega incondicional de la propia persona como disposición y como realidad. «No es sólo lo que hacemos, sino la plena entrega personal lo que hace ver el amor de Cristo a su rebaño. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar y nuestra forma de tratar con la gente»<sup>28</sup>.

28. *Pastores dabo vobis*, 23

La donación personal en la caridad pastoral tiene como destinataria la Iglesia y, por ella, la humanidad. Se manifiesta en una voluntad de servicio sin término y sin límites, «pues está marcada por el mismo fervor apostólico y misionero de Cristo»<sup>29</sup>. El Concilio y los documentos posteriores hablan de ella ampliamente refiriéndose a los presbíteros y a los pastores que tienen a su cargo el pueblo de Dios.

29. *Ibidem*

Pastoral es, por tanto, el amor que se inserta en la misión de la Iglesia y en ella construye una comunión cada vez más amplia y profunda; pastoral es el amor que mira a la salvación total de las personas en Cristo y a lo demás en función de ella; pastoral es el amor que se confía a las fuerzas salvadoras aportadas por Cristo pastor: la palabra, la fe, la gracia, la comunión eclesial.

La caridad pastoral salesiana tuvo desde el principio una orientación concreta. Se plasmó como caridad educadora. Movidó por su pasión apostólica, san Juan Bosco eligió como campo de trabajo a los jóvenes que ignoraban la parroquia que les correspondía. Quiso ser con ellos no sólo sacerdote pastor, sino también padre y

maestro de vida: orientador de su crecimiento humano, acompañante en su trabajo, comunicador de cultura y animador de su tiempo libre. En tal escenario, su ardiente amor de salvar a los jóvenes se convirtió en gestos cotidianos. Así nació una fisonomía y una praxis: el Sistema Preventivo.

Es el aspecto que subraya Juan Pablo II cuando afirma que san Juan Bosco se santificó en el trabajo de la educación vivido con celo y con corazón apostólico, y cuando dice que es precisamente en el intercambio entre educación y santidad donde se encuentra lo peculiar de su figura: es un educador santo<sup>30</sup>.

«Es el “primer carisma” de Don Bosco —asegura don Egidio Viganó—. Aquí no nos ponemos en el nivel de las inclinaciones o preferencias naturales; estamos muy por encima... “Nos encontramos más allá de las fronteras de lo que solemos llamar, con cierto aire de suficiencia, normal, pues encierra la existencia en lo que ésta tiene de más grande, como una brasa que bajo la ceniza mantiene vivo un brote de fuego..., como la experiencia del camino de Damasco en el alma de Pablo” (Tillard). Es el primer lugar de la vocación de san Juan Bosco y, por lo tanto, de su intuición artística de educador y de su originalidad espiritual de santo»<sup>31</sup>.

30. *Iuvenum patris* 5

31. ACS 290, pág. 18

## 5. «Da mihi ánimas»

### ACG 332. 336. 334. 353)

Escribe don Egidio: «Estoy convencido de que no hay ninguna expresión sintética que defina mejor el espíritu salesiano elegida personalmente por san Juan Bosco: *Da mihi ánimas*».

Los grandes institutos y las corrientes de espiritualidad han condensado el núcleo de su carisma en una fórmula breve. Podemos recordar el *paz y bien* francis-

cano, el *ora et labora* benedictino o el *ad maiorem Dei gloriam* jesuita.

Los testimonios de la primera hora y la posterior reflexión de la Congregación han llevado al convencimiento de que la expresión que mejor indica la caridad pastoral de los Salesianos de Don Bosco es precisamente *da mihi ánimas*. Es frecuente en los labios del Fundador e influyó de forma decisiva en su fisonomía espiritual. Es la máxima que llamó la atención de Domingo Savio en el despacho de Don Bosco cuando éste era aún relativamente joven (34 años) y que le arrancó el conocido comentario: «Veo que aquí no se trata de negocios de dinero, sino de almas»<sup>32</sup>. Domingo comprendió bien que Don Bosco no le ofrecía sólo pan, instrucción y casa, sino también y sobre todo una oportunidad para conocer a Jesucristo y realizarse espiritualmente. Los rectores mayores ratifican una y otra vez la centralidad de las almas. La comentan el beato Miguel Rúa, don Pablo Álbera y el beato Felipe Rinaldi. Incluso la ha recogido nuestra liturgia: «Suscita también en nosotros la misma caridad apostólica, que nos impulse a buscar la salvación de [las almas] de los hermanos para servirte a ti, único y sumo bien».

Conviene, pues, seguir profundizando en el significado de esta expresión.

La interpretación espiritual de la Biblia ofrece una base de donde extraer un válido núcleo de contenido: es la distinción entre “personas” y “cosas”. La presencia de Melquisedec y la bendición de éste sobre Abrahán da al pasaje un particular significado religioso y mesiánico, que se acepta tradicionalmente. Pero sería un error tratar de mantener o eliminar el lema programático de san Juan Bosco basándose únicamente en la interpretación estricta de la Biblia, pues la palabra de Dios se va cargando de significados con el paso del tiempo, particularmente en la historia de la santidad. No es éste el único caso.

32. Juan Bosco, Vida de Domingo Savio, cap. VIII

Son importantes la interpretación personal de Don Bosco, según la visión religioso-cultural de su época, y el hecho de que ella modelara su vida y su experiencia de Dios. En dicha visión, "alma" se refiere a la dimensión espiritual del hombre, centro de su libertad y raíz de su dignidad, espacio privilegiado de su apertura a Dios, donde se deja sentir y ofrece el Espíritu.

La unión de ambos significados, el bíblico y el desarrollado por Don Bosco, visto desde nuestra cultura, sugiere opciones muy concretas para la vida y para la acción.

En primer lugar, el amor, la caridad pastoral, toma en consideración a la persona y a ella se dirige antes de nada y sobre todo: intuye su valor, particularmente a la luz del amor de Dios Padre, de la obra redentora de Jesucristo y de la presencia del Espíritu. Las "cosas" vienen después, valen menos y, en el proceso educativo, tienen menos importancia.

Además, la caridad que mira sobre todo a la persona se guía por una visión de la misma cuya clave es la palabra "alma". La persona no vive sólo de pan; tiene necesidades inmediatas, pero también aspiraciones infinitas; precisa de bienes materiales, pero más aún de sentido y de valores espirituales, según la expresión de Agustín: «Está hecha para Dios y tiene sed de él». Las "cosas", pues, están en función de esa vocación única, por la que el corazón se abre a Dios y comprende que él es su destino.

Por ello, la salvación que busca y ofrece la caridad pastoral es la plena y definitiva. Lo demás se dirige hacia ella: la beneficencia tiene como fin la educación; ésta, la iniciación religiosa y cristiana, y la iniciación religiosa, la vida de gracia y la comunión con Dios.

Dicho de otra forma, podemos decir que en la existencia de la persona damos la primacía a su dimensión religiosa. Y lo mismo en la educación y promoción, no por proselitismo, sino porque estamos convencidos de que la dimensión religiosa es la fuente más honda de su

crecimiento y felicidad. Cuidamos su profundidad y su correcto desarrollo y expresión. En una época de secularismo y de religiosidades dispersas, esta orientación no carece de significado ni es de fácil realización.

Nuestra máxima contiene también una indicación de método para la acción: en la formación o en la regeneración de una persona hay que aprovechar sus recursos espirituales: su conciencia moral, su apertura a Dios, el pensamiento de su destino eterno. La pedagogía de san Juan Bosco es una pedagogía del alma, de la gracia, de lo sobrenatural. Cuando se logra activar esa energía, comienza el trabajo más útil de educación. Lo demás, válido por sí mismo, es propedéutico y acompaña a algo que lo trasciende.

De lo cual se deduce una prioridad en la vida y acción pastoral de quien asume el *da mihi ánimas*, pues éste impone una ascesis: *coëtera tolle* ("deja lo demás"). Hay que renunciar a muchas cosas para dedicarse con todas las fuerzas a lo que se ha elegido como preferente. Se impone en cuestión de gustos personales e incluso de campos de acción legítimos pero que se llevarían tiempo y recursos. Se pueden confiar a otros, e incluso omitir, muchas actividades para tener tiempo y posibilidad de encaminar a los jóvenes hacia Dios.

«El que repasa la vida de Don Bosco, siguiendo sus esquemas mentales y explorando las huellas de su pensamiento, encuentra una idea madre: la salvación en la Iglesia católica, única depositaria de los medios salvíficos, y comprende que el reto de la juventud abandonada, pobre y vagabunda suscita en nuestro Fundador la urgencia educativa de promover la inserción de esos jóvenes en el mundo y en la Iglesia con métodos de dulzura y caridad, pero con una tensión cuyo origen se halla en el deseo de la salvación eterna del joven»<sup>33</sup>.

Podemos preguntarnos por las consecuencias inmediatas del *da mihi ánimas*. Implica, en primer lugar, un corazón pastoral: la voluntad, el celo y el deseo de tra-

33. P. Stella, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*. Vol. II, Pas-Verlag, Zurich 1969, pág. 13

bajar, el sentirse a gusto en las empresas pastorales, el estar dispuesto a todo, el darse con alegría, el sentirse atraído por los más necesitados, el considerar justas todas las fatigas, el superar fácilmente las pequeñas frustraciones, el no desertar, el hacer frente a peligros y dificultades como si no fueran nada. Su contrario es la indiferencia y el afrontar las tareas pastorales como obligación de la que interesa liberarse cuanto antes.

Pero, además del corazón, el *da mihi ánimas* pide el sentido pastoral. El sentido pastoral, como el sentido artístico o el de los negocios, es una especie de olfato, un movimiento espontáneo, un modo de situarse rápidamente en la perspectiva de lo que es objeto de nuestras preocupaciones.

Consiste en saber juzgar las cosas desde el punto de vista de la salvación de la persona, en adoptar una óptica pastoral a la hora de leer los acontecimientos, en tener criterios, claves o puntos de referencia válidos para idear y plantear una actividad de modo que las personas crezcan humanamente y logren hacerse conscientes de la presencia de Dios Padre en su vida.

Está también la capacidad pastoral: es una preparación profesional específica, requerida por el *da mihi ánimas*; por ella hemos aprendido y nos perfeccionamos en motivar, instruir, animar y santificar. Nos hacemos capaces de entender un contexto, de hacer un proyecto que responda a sus necesidades y de ejecutarlo sin olvidar nunca el elemento invisible e imponderable que siempre interviene en el trabajo por las almas.

Por último, hay que incluir también la creatividad pastoral, es decir, la actitud mental y práctica que hace encontrar soluciones originales a problemas y situaciones nuevas. San Juan Bosco ideó un proyecto para los chicos de la calle, mientras las parroquias de Turín seguían aún con el catecismo de siempre. Y cuando vio que los jóvenes no estaban preparados para el trabajo y que en él carecían de protección, pensó en un remedio simple y casero,

que luego creció: los contratos de trabajo, los talleres, las escuelas profesionales. Y lo mismo para otras necesidades, como el alojamiento y la instrucción.

Eugenio Ceria da este rasgo como una característica del espíritu salesiano: «La característica —dice—, que primero salta a la vista, es la prodigiosa actividad individual y colectiva»<sup>34</sup>.

34. E. Ceria. *Annali*, cap. CXVII, pág. 722

## 6. «Procura hacerte querer»: La pedagogía de la bondad

(ACS 290. ACG 326. 310. 332)

Cuando se trató de elegir una expresión carismática para la cruz del Buen Pastor, símbolo de la profesión, es decir, del proyecto de vida salesiana, don Egidio Viganó se decidió por la frase de san Juan Bosco: *Procura hacerte querer*.

Abundan en nuestra literatura expresiones como “amor pedagógico”, la “bondad hecha sistema”, la dulzura de san Francisco de Sales, la “pedagogía del corazón”. Todo ello hay que ponerlo en relación con el Sistema Preventivo, particularmente con la serie de actitudes e indicaciones prácticas que tienen que ver con el afecto. En su raíz está siempre la caridad que busca la salvación del joven, demostrada en un afecto tangible moderado por la razón.

La caridad pastoral salesiana se plasmó “en el contacto con los jóvenes”, en el esfuerzo de ayudarlos a valorizar la vida, implicándolos en la responsabilidad de su propio crecimiento. Por ello, tuvo que entablar una relación educativa donde no sólo hubiera un respeto y una disciplina razonables, sino una amistad y una confianza filial. Y ello especialmente con los muchachos sometidos a alguna prueba o en situaciones difíciles, donde tal relación debía comenzar de nuevo y hacerse creíble. El afecto o bondad



se convirtió así en la forma substancial de la caridad de san Juan Bosco. Consiste en suscitar una correspondencia que incide en la misma propuesta educativa y en los dinámismos de crecimiento del joven. El afecto hace que se acepte la propuesta educativa y que los jóvenes se sientan animados a dar lo mejor de sí.

La recomendación «procura hacerte querer» tiene, pues, un valor estratégico en la pedagogía, pero es también un rasgo que distingue al espíritu salesiano. Da un aspecto original a toda la Congregación, a la que se le reconoce el don de saber acercarse a los jóvenes, hablar con su misma longitud de onda, implicarlos en su crecimiento humano y atraerlos hacia Dios y hacia la Iglesia.

Cuando se profundiza en esa bondad, se descubre que va más allá de un gesto de simpatía. Tiene una estructura muy sólida de convicciones, actitudes y praxis que comprometen a toda la personalidad.

En el orden de las actitudes más profundas, supone la identificación con la bondad del Padre que guía con paterna providencia (cf. Const. 20) a cada una de sus criaturas; se nutre de la contemplación de Cristo buen pastor, que se gana el corazón con la mansedumbre y se acerca a los humildes e indigentes, plegándose a sus necesidades inmediatas y acogiendo sus peticiones imperfectas para abrirlos a riquezas superiores; mira al comportamiento materno de María, atenta a sostener y desarrollar la humanidad de Cristo a fin de que su divinidad encuentre la adecuada mediación histórica.

Esto hace mirar con bondad al hombre, a sus posibilidades y realizaciones; lleva a descubrir en la cultura y en la historia los gérmenes de bien, y estimula a cultivarlos con fe. Tal mirada se posa de forma especial en las posibilidades de todo joven. Ninguno está perdido definitivamente. Sea cual fuere su situación, en su interior hay energías que, convenientemente despertadas y alimentadas, pueden suscitar la voluntad de realizarse como persona. Todo joven lleva dentro de sí la huella

del designio de salvación, que contiene una promesa de vida plena y feliz. «En todo joven —decía Don Bosco—, incluso en el más desventurado, hay un punto que, si el educador lo descubre y estimula oportunamente, reacciona con generosidad».

Además de las actitudes frente a la realidad y a las personas, la bondad sugiere comportamientos en la labor educativa, que, como demuestra la experiencia, producen correspondencia. De ellos habló extensamente san Juan Bosco en su famosa carta de 1884. Recordamos tres.

Ante todo, la capacidad de encuentro, la prontitud en la acogida y la familiaridad. Lo contrario es el desconocimiento mutuo, las distancias, la incomunicación, la ausencia. Se ha dicho que el arte de Don Bosco consistía en dar el primer paso, eliminar barreras y suscitar el deseo de reunirse otra vez. Tal ejercicio de la caridad educativa nos hace pensar en dos fenómenos actuales: la lejanía física de muchos jóvenes y la distancia psicológica de otros que están cerca, pero de los que nos separan temas, lenguajes, gustos y pertenencias. Lo cual nos da idea de la carga mística y ascética que supone entablar diálogo con ellos.

La segunda manifestación de la bondad es dedicarse con paciencia y esmero a construir un ambiente rico de humanidad, una familia donde cada uno se sienta acogido y ayudado, y donde haya espacio para expresarse a la vez que se asimilan con alegría los valores propuestos. Los salesianos, igual que san Juan Bosco, se hacen capaces de acercarse a los chicos en los lugares más variados; pero también tienen tiempo y energías para animar una comunidad juvenil que se caracteriza por algunos rasgos propios y es capaz de acoger a todos los que deseen forma parte de ella y ofrecerles una experiencia positiva de convivencia, responsabilidad y compromiso. Es en el ambiente donde la bondad se hace sistema porque inspira la organización, el clima, las normas y las funciones personales.

De la acogida y familiaridad nace la amistad pro-

funda entre educadores y jóvenes. Ésta produce la confianza y crea una relación educativa personal duradera, que es lo que, después de todo, ayuda a crecer. Todo ello nos estimula a meditar sobre la praxis actual y a revisarla para ver en qué medida llegamos a la persona.

Su expresión concreta es la asistencia, entendida como deseo de estar con los jóvenes y compartir su vida. Es simultáneamente presencia física donde están los muchachos, intercambian ideas y hacen proyectos, y fuerza moral para animar, estimular y despertar. Asume el doble carácter de la actividad preventiva: protege de experiencias negativas precoces y desarrolla las posibilidades de la persona mediante propuestas positivas. Estimula con motivaciones inspiradas en la razón (vida honrada, atrayente sentido de la existencia) y en la fe; simultáneamente refuerza en los chicos la capacidad de una respuesta autónoma al reclamo de los valores.

La amistad-asistencia desemboca en otra singularísima manifestación educativa, fruto de la bondad: la paternidad, que es más que amistad. Es una responsabilidad afectuosa y venerada que ofrece guía y enseñanza vital y exige disciplina y empeño. Es amor y autoridad.

Se manifiesta, sobre todo, en *saber hablar al corazón* de manera personalizante, porque se tratan las cuestiones que actualmente ocupan la vida y la mente de los jóvenes; saber hablarles con el lenguaje idóneo para llegar a su conciencia y formarlos en una sabiduría que ayude a afrontar los problemas presentes y futuros. En una palabra, la paternidad se ejerce cuando se enseña el arte de vivir con sentido cristiano.

## 7. El éxtasis de la acción

(ACG 332. 338)

Es la vertiente interior del *da mihi animas*. Lleva a

«entender a fondo su intensidad orante»<sup>35</sup>. Define el lugar y estilo de la contemplación salesiana y es la cumbre de su unión con Dios.

La expresión se remonta a san Francisco de Sales, para quien el éxtasis es la meta adonde tiene que llegar la oración mental: hace salir de uno mismo, con serenidad, de modo que Dios nos atrae y eleva hasta sí. Lo llama *éxtasis* en cuanto que por él se nos lleva más allá de nosotros mismos. Nuestro santo patrono habla de tres clases de éxtasis: «Uno se refiere al entendimiento; otro al afecto y el tercero a la acción». El «éxtasis de la acción» corona los otros dos, que sin él resultarían incompletos. «Nunca ha habido un santo que no haya tenido el éxtasis o raptó de la vida y de la acción, superándose a sí mismo y sus inclinaciones naturales»<sup>36</sup>.

A esta clase de contemplación, que une oración y acción orientándolas a la misión de salvación por el cumplimiento de la voluntad de Dios, se refieren con frecuencia san Juan Bosco y sus sucesores con otras expresiones: unión con Dios, sentido de su presencia, vida interior, actividad santificada por la oración...

Fue el beato Felipe Rinaldi quien recuperó y echó luz sobre la expresión de san Francisco de Sales. En el aguinaldo a las Hijas de María Auxiliadora para el año 1931, sobre la vida interior de Don Bosco, las exhortaba a lograr en sí mismas una síntesis vital entre la laboriosidad de Marta y la contemplación de María. Afirmaba que se trata de «una vida interior sencilla, evangélica, práctica y laboriosa». «Don Bosco —decía— unió del modo más perfecto su actividad externa, infatigable, absorbente, amplísima y cargada de responsabilidad, con una vida interior, que empezó con el sentido de la presencia de Dios... y poco a poco se fue haciendo actual, constante y viva hasta ser unión habitual con Dios. De esa manera logró en sí mismo el estado más perfecto, que es la contemplación operante, el *éxtasis de la acción*, en la que se consumó hasta el

35. Cf. ACG 338, pág. 14

36. Francisco de Sales, Tratado del Amor de Dios, I, VII, Ed. Paoline 1989, pág. 527; cf. ACG 338, págs. 15-16

37. ACS, 6 de abril de 1929, núm. 48, págs. 733-734

final, con serenidad extática, por la salvación de las almas»<sup>37</sup>.

Tal sería la interpretación salesiana del «contemplativo en la acción», expresión de origen jesuita, que aparece en el art. 12 de nuestras Constituciones.

Una vez explicados el origen y el significado de la expresión, podemos preguntarnos por su alcance práctico. Comprende cuatro aspectos: un camino de oración, una forma de acción, una fuerza que unifica a ambas y el estado típico de la contemplación.

La unión con Dios es la verdadera meta de la oración. Ésta, además del diálogo ocasional, tiende a arraigar en nosotros un amor que nos hace sentir y desear a Dios. La unión con Dios tiene muchos grados: comienza siendo frágil y pobre, pero crece poco a poco; es una luz que aumenta como el alba del día<sup>38</sup>. Es una meta, a la que ciertamente no se llega con el simple esfuerzo humano, pero que requiere la respuesta cada vez más lúcida y consciente a un don.

En cuanto meta, supone un camino. La sola generosidad en el actuar ni la produce ni la reemplaza. De ahí el convencimiento de que la oración salesiana, como sus otras formas, «exige espacios propios y distintos de las actividades de trabajo, dedicados por entero al diálogo directo con Dios»<sup>39</sup>, según modalidades conformes con nuestra vida, indicadas en las Constituciones. Es una oración sencilla, pero asidua e intensa: sus expresiones se toman de la liturgia y de la piedad popular. No es espectacular ni de fuerza emotiva, cosa que podría defraudar a alguno; se concentra en la identificación con la voluntad salvífica de Dios. Todas sus expresiones confluyen en una actitud fundamental: la escucha de la palabra de Dios que es Jesucristo, contemplado como buen pastor. Su luz, su corazón y su misterio encuentran en nosotros las súplicas del mundo, las pruebas de los jóvenes, los anhelos de salvación. La cumbre del encuentro es el «memorial» de Jesús, que

38. Cf. Francisco de Sales, Tratado del Amor de Dios, I, VII, cap. 6, pág. 523-524

39. ACG 338, pág. 28

recuerda y actualiza su amor al Padre y su entrega por el mundo —la Eucaristía—, mientras que su consecuencia es un deseo de conversión para asemejarse cada vez más a Cristo que da la vida por los hombres.

En cuanto a la acción, no se trata de cualquier acción, sostenida únicamente por la generosidad o las buenas intenciones. Igual que la contemplación, que se injerta en ella, no consiste en un fluir de pensamientos subjetivos de carácter religioso, sino en captar la acción de Dios en el mundo y en la vida, ayudados por las mediaciones históricas. Por esa línea al menos orienta la oración evangélica, especialmente el *Magnificat*. Para el salesiano, pues, se trata de una acción de naturaleza pastoral educativa y, siempre, en el área de la caridad, con una variedad infinita de formas y destinatarios.

Pero no basta. La acción implica a toda nuestra persona, no le es externa. Existe, pues, una cualidad de la acción que tiene su raíz en el corazón mismo de quien actúa: es el ser y sentirse en Cristo como el sarmiento en la cepa. El salesiano es consciente de que con su trabajo participa y colabora en la acción misteriosa del Padre bajo la inspiración del Espíritu Santo. Por ello asume los criterios prácticos de Cristo en cuanto a modalidades, objetivos y prioridades.

Entre el estilo de oración y esa clase de acción se da una compenetración mutua, sin perder cada una sus tiempos y formas específicos: la oración impregna la acción, y ésta se introduce en la oración como acción de gracias, intercesión, deseo de salvación, sufrimiento. Así aparece en la oración sacerdotal de Cristo. Hacia esa recíproca compenetración nos orienta el artículo 95 de las Constituciones: «Sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral, el salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a quienes es enviado. Al descubrir los frutos del Espíritu Santo en la vida de los hombres, especialmente de los jóvenes, da gracias por todo; al compartir sus problemas y sufrir

mientos, invoca para ellos la luz y la fuerza de su presencia».

El punto que unifica la oración y la acción es la intensidad del amor que lleva a gastarse por la salvación de las personas yendo por los caminos que indica el Padre en el seguimiento de Cristo.

Todo ello hace que el momento típico de la contemplación, del éxtasis en que Dios nos atrae hacia sí con mayor fuerza, sea aquel en el que actuamos colaborando con él.

Lo dice el XXIII Capítulo General: «Educar a los jóvenes en la fe es, para el salesiano, trabajo y oración. Es consciente de que trabajando por la salvación de la juventud vive la experiencia de la paternidad de Dios, que “precede a toda criatura con su providencia, la acompaña con su presencia y la salva dando su propia vida”. Don Bosco nos enseñó a reconocer la presencia operante de Dios en nuestro quehacer educativo y a sentirla como vida y amor... Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes, para ofrecernos la gracia del encuentro con él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándolos en la plenitud de la vida. La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con él»<sup>40</sup>.

Nos alegramos con el joven que se supera, damos gracias por la generosidad de sus propósitos, nos admira el camino que la gracia hace en algunos, sufrimos con quienes tienen que padecer. Toda situación nos afecta como afectaba a Jesucristo: Tuvo compasión..., lo miró y le dijo..., extendió la mano.

En la acción misma, pues, brotan espontáneas de nuestros labios oraciones concentradas, no siempre formales, como la de Jesucristo: «En aquel momento, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla» (Lc 10, 21).

40. XXIII CG, núms. 94-95

## 8. La gracia de unidad

(ACG 312. 330. 332. 334. 337. 342. 346. 352)

El tema de la “gracia de unidad” lo eligió no pocas veces don Egidio como hilo conductor y síntesis en su predicación de ejercicios espirituales<sup>41</sup>.

Es siempre una de las claves decisivas para interpretar y realizar de modo armónico y completo la fisonomía de la espiritualidad y vida salesiana. Esta expresión surgió en el XX Capítulo General, el Especial, para resolver la antítesis entre las exigencias de la vida religiosa comunitaria y las necesidades de la misión realizada en una acción pastoral abierta y creativa. «El Espíritu Santo —afirma dicho Capítulo— llama al salesiano a un género de vida cristiana, a la vez apostólica y religiosa. Por eso, le da *la gracia de unidad*, a fin de que viva el dinamismo de la actividad apostólica y la plenitud de la vida religiosa en una sola moción de caridad hacia Dios y hacia el prójimo»<sup>42</sup>.

En la vida del salesiano se pueden encontrar otras tensiones naturales en su proyecto de existencia evangélica: trabajo y contemplación, profesionalidad educativa y mentalidad pastoral, justa laicidad para los ámbitos donde trabaja y esfuerzo de evangelización, inserción en el mundo y ascesis, creatividad individual y proyecto comunitario, cercanía a los jóvenes y testimonio de los valores, colaboración en la Iglesia y pertenencia a una comunidad carismática...

El espejo donde mirar esas tensiones y su armonización, sin perjuicio de ninguna de ellas, es san Juan Bosco. Las Constituciones (cf. art. 21) lo describen como hombre profundamente humano y simultáneamente hombre de Dios, abierto a las realidades terrenas y lleno de los dones del Espíritu, capaz de caminar entre las vicisitudes del mundo y viviendo «como si viera al Invisible». Y nos presentan, en un desarrollo progresivo, el

41. Cf. *Interioridad apostólica - Reflexiones sobre la gracia de unidad*, Argentina 1988

42. CGE, núm 127



acuerdo entre naturaleza y gracia, la armonía que se fue produciendo entre sus sanas tensiones y, finalmente, la fusión de todas ellas «en un proyecto de vida fuertemente unitario».

La unidad es una gracia, incluida en la llamada a la vida salesiana, que, como cualquier modo de vida, supone un desarrollo unitario. El Espíritu Santo infunde el deseo, el gusto y la fuerza para vivir la vocación salesiana en su totalidad como una forma de manifestar nuestra filiación divina y la de los jóvenes. Sin embargo, la unidad es también fruto de la respuesta del salesiano, de las comunidades e incluso de la Congregación. Requiere atención, discernimiento, radicalidad, revisión y conversión. Se trata de hacer confluir todo en el proyecto —inteligencia, relaciones, planes de acción, tiempo, títulos, afectos— evitando la dispersión. La unidad no es algo ya hecho o prefabricado, sino una realidad humana y espiritual en construcción consciente y permanente con miras a una mayor riqueza de la persona, de la comunidad y del proyecto apostólico.

Repasamos los ámbitos donde ya hemos experimentado esta gracia y vemos surgir continuamente su necesidad porque siempre aparecen nuevos retos.

La gracia de unidad orienta la renovación de nuestra Congregación volviendo a las fuentes carismáticas superando la materialidad de los acontecimientos históricos de sus orígenes. Estimula a acoger con plenitud la tradición salesiana auténtica y a ponerla frente a lo que el Espíritu Santo obra en el corazón de los jóvenes y sugiere a su Iglesia. El Espíritu que ayer se hizo presente en san Juan Bosco es el mismo que hoy habla a los salesianos dóciles y atentos. Quienes están llamados a discernir deben tomar este criterio de interpretación para comprender lo que hoy dice el Espíritu a cada instituto religioso.

La gracia de unidad dirige, en la Iglesia y en los institutos religiosos, la síntesis de los elementos institucional y profético. Hace de puente entre ambos aspectos,

que no pueden resultar opuestos ni en la vida de la Iglesia, ni en la vida de la Congregación, ni en la existencia de cada salesiano, ya que es el mismo Espíritu quien inspira las estructuras esenciales para la vida de la Iglesia y las expone, por decirlo de algún modo, al impacto de la profecía con objeto de mantener eficaz su capacidad de abrirse a lo nuevo y reestructurarse desde dentro como un cuerpo vivo.

Las fisuras, laceraciones y contrastes destructores dicen que no hay suficiente acogida de un don de Dios que continuamente hay que hacer fructificar.

Las tensiones que surjan entre carisma y autoridad, entre obediencia y comunión en la Iglesia y en la comunidad religiosa se arreglan en el Espíritu y con la gracia de unidad, ya que dicha gracia estimula en nosotros la sincera preocupación por la unidad eclesial y nos lleva a percibir nuestra originalidad carismática y pastoral como un don para la Iglesia, a cultivar la comunión con los obispos y con el sucesor de Pedro, a escuchar las orientaciones y la vida de la Iglesia, a abrirnos a los valores humanos y al encuentro con toda experiencia religiosa bien inspirada, a intentar todos los caminos posibles para realizar la verdad en la caridad incluso como nivel de experiencia humana.

Por último, en la vida del salesiano y de las comunidades, la gracia de unidad lleva a superar positivamente, hacia adelante y desde lo alto, las tensiones a que se ve sometida su existencia. Como dijo Juan Pablo II en el XXIII Capítulo General, «garantiza la inseparabilidad vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos activas»<sup>43</sup>.

Por ella no hay amor auténtico de Dios que no pase a ser, por íntima y amorosa necesidad, amor generoso con el hombre; ni hay verdadero amor al hombre que no impulse a levantar los ojos a Dios para pedir a su fuerza el cumplimiento de todo camino y de todo anhelo.

43. XXIII CG, núm. 332

Así, la acción incluye la dimensión contemplativa y ésta une armoniosamente la oración, el trabajo pastoral y el sufrimiento apostólico. «La oración, la acción y el dolor —escribe don Egidio— se refieren simultánea y vitalmente a dos polos: nunca hay Dios sin el hombre; nunca hay hombre sin Dios»<sup>44</sup>.

44. *Discurso de clausura del Simposio de la Familia Salesiana sobre san Juan Bosco fundador*, ACS 329, pág. 65

Donde no actúa esta gracia, el deseo de la oración puede llevar a intimismos o al alejamiento de la comunidad o del servicio pastoral; el impulso apostólico lleva a acciones individuales o ajenas a la organización; la evangelización se limita a grupos selectivos y a contenidos rígidamente religiosos; la profesionalidad educativa se sobrepone a la expresión de la fe.

45. *Don Bosco, attualità di un magistero pedagogico*, LAS, Roma 1987, *Presentazione*, pág. 12

San Juan Bosco —hace notar don Egidio— «siempre contempla a Dios como al gran enamorado del hombre»<sup>45</sup>. La gracia de unidad quiere subrayar la unidad profunda que, en el corazón y en la acción del apóstol, produce la contemplación de un Dios enamorado del hombre.

## 9. Educar evangelizando, evangelizar educando

(ACS 290. 296: ACG 337. 343)

La gracia de unidad tiende a impedir el riesgo de divisiones en el corazón y en la vida del salesiano, cuya señal son diferentes dicotomías; pero, además, sirve para responder a otro peligro actual: el divorcio entre la evangelización y la educación. Es un tema importante, dado que, de hecho, la educación de la juventud no sólo no suele ir unida a la evangelización, sino que hay quien pide expresamente su separación porque la considera un sector cultural que tiene su propio desarrollo autónomo. La consecuencia es que hay quien busca resultados en el frente de la evangelización, pero la reduce al ámbito catequístico y sólo la dirige a grupos reduci-

dos, cuando lo que hay que hacer es promover educando, educar evangelizando y santificar educando.

Que la acción salesiana abarca los dos aspectos de la educación y de la evangelización, que tiene en cuenta el horizonte humanista y el sobrenatural y que es una síntesis de procesos de promoción humana y simultáneamente de cultivo de la vida cristiana, lo dijo repetidas veces el XXI Capítulo General<sup>46</sup>, que también habló de la interna fermentación recíproca de ambas dimensiones, hasta el punto de ser un único proyecto con caminos y metas distintas según los individuos. Para describir tal unidad, el mismo Capítulo acuñó las expresiones de “promoción integral cristiana”, “humanismo salesiano integral”, “educación liberadora cristiana”<sup>47</sup>, y, volviendo a las sencillas fórmulas de san Juan Bosco, habló de formar al buen cristiano y al ciudadano honrado favoreciendo su crecimiento en salud, en sabiduría y en santidad. La misma línea siguió el XXIII Capítulo General, integrando en un único itinerario las experiencias humanas del joven y el sentido evangélico, y haciendo del mencionado itinerario un estilo típico de santidad juvenil.

Para llevar a cabo esta idea en todos los contextos e iniciativas, se requiere competencia profesional y una técnica, pero también espiritualidad. «De hecho, en la mente de san Juan Bosco y en la tradición salesiana, el Sistema Preventivo tiende cada vez más a identificarse con el espíritu salesiano; es a la vez pedagogía, pastoral y espiritualidad, que asocia, en una única experiencia dinámica, a educadores (como individuos y como comunidad) y a destinatarios mediante actitudes y comportamientos de características muy claras»<sup>48</sup>.

La distinción, interrelación y fusión existencial de ambas dimensiones tiene exigencias en diversos niveles.

El primer nivel es la mentalidad de los educadores. En la raíz de su visión educativa, deben funcionar algunas convicciones: la ejemplaridad de Jesucristo, que como persona divina asume y transforma lo humano, la

46. Cf. XXI CG, núm. 80

47. XXI CG, núm. 81

48. XXI CG, núm. 96

vocación de todos a ser armónica y unitariamente hijos de Dios e hijos del hombre, la necesidad de la gracia para realizar en plenitud la propia humanidad; la Revelación como manifestación del sentido de la existencia humana porque ilumina el origen y el destino del hombre y sostiene su camino; y, desde otro punto de vista, el valor de la experiencia humana, la súplica que se oculta detrás de ciertas demandas juveniles y en los acontecimientos de la historia, el valor teológico de los caminos por los que normalmente discurre la gracia de la redención que engendra al hombre nuevo.

Si, por un lado, se reconoce explícitamente la aportación substancial que la gracia y la Revelación dan al crecimiento del hombre, por otro se mantiene despierta la atención a la situación del destinatario, para seguir los senderos de la paciencia cotidiana y de una gradualidad que acepta ir al paso del muchacho.

El segundo nivel es la vivencia del educador. Es en su mente donde primero se hace la síntesis entre cultura y Evangelio, si sabe ponerse frente a los hechos de la existencia y a las corrientes culturales y juzgarlos con criterios evangélicos para asumir lo que tienen de positivo, contestar lo ambiguo y corregir lo negativo. Es en su existencia donde se hace la integración entre fe y vida por la valorización de todo lo que es humano, noble y bueno y, al mismo tiempo, por la apertura a las originales perspectivas de Cristo.

Viene después el tercer nivel: la praxis educativo-pastoral, donde los procesos de educación y evangelización no se yuxtaponen ni se plantean como caminos sucesivos que se excluyen recíprocamente. No se confían a responsabilidades distintas entre las que no hay comunicación. Simplemente se educa, pero como creyentes; se evangeliza, pero como educadores atentos a la situación de los jóvenes. Las dos cosas las hacen todos individualmente y como comunidad, porque se trata de comunicación de vida más que de cargos y de un que-

hacer didáctico. Las dos dimensiones se unen de forma libre y variable, porque incluyen el testimonio de los educadores, las sugerencias del ambiente, la escucha de los interrogantes juveniles y la disponibilidad al diálogo. Igual que en la otra vertiente, la de la evangelización, se ofrecen sin orden rígido el anuncio evangélico, la propuesta de fe, el camino catequístico, la vida en gracia, el compromiso y la espiritualidad.

Por último, está el nivel de la organización, que también debe inspirarse en la misma unidad, asegurando la identidad cristiana y el carácter educativo de la estructura y de los proyectos. No importa que tal identidad no se pueda proponer aún de forma explícita y total (como ocurre en los países donde la mayoría de los jóvenes profesan religiones diversas) o que se manifieste sólo en sus elementos más simples, como sucede en muchas obras de recuperación. Lo importante es que no sea únicamente formal o institucional, sino operativa y que llegue al corazón de las personas e ilumine las cuestiones de la vida y la cultura, pues sólo así el Evangelio es profecía, fuente de alegría y fuerza.

En su circular sobre el Proyecto Educativo Pastoral, don Egidio Viganó recomendaba que, para conservar la identidad evangelizadora de las actividades educativas, se mantuviera claro el objetivo general de la educación según el estilo de san Juan Bosco. Cualquier otro objetivo intermedio tiende, en la mente del salesiano, a la realización plena de la vocación del joven, que es el conocimiento y la comunión con Dios. Por consiguiente, hay que orientar positivamente hacia Cristo todo el proceso educativo, buscando el significado de las experiencias humanas y llevando a ellas la luz del Evangelio. Conviene, pues, activar la conciencia crítica sobre los valores y corrientes de pensamiento en una hora de pluralismo como la nuestra.

Simultáneamente, para asegurar el estilo educativo de nuestra evangelización, don Egidio indica la solici-

tud positiva por las áreas, iniciativas e instituciones culturales, que, si bien hoy ofrecen una posibilidad de evangelización distinta de antes, nos ponen en el terreno fecundo de lo humano, que por su misma naturaleza está abierto a la palabra de Dios. Así pues, habrá que unir profundamente el Evangelio con la cultura y, podemos añadir, la fe con los problemas de la vida y viceversa. Es cabalmente lo que postula un sentido realista de la gradualidad y la concreción de las mediaciones educativas, tales como la comunidad, el plan de actividades, el testimonio y la palabra de los educadores.

## 10. Inmaculada y Auxiliadora

(ACS 289. 309: ACG 322)

Siempre que nace un carisma, lo mismo que en todas las iniciativas del Espíritu Santo, interviene la maternidad de María. Pero en nuestra experiencia histórica aparece de una manera singular, hasta el punto de no poder concebir la formación de nuestra praxis pastoral sin la presencia de María, ni la maduración de nuestra espiritualidad sin la contemplación de su figura. La devoción a María Auxiliadora resulta un factor integrante del fenómeno salesiano: entra a formar parte vital de su totalidad, de modo que sería absurdo aislar uno de otro. Hay un estrecho intercambio vital, una vinculación íntima y una relación profunda tanto con la misión salesiana como con el espíritu de nuestro carisma<sup>49</sup>. Si está en el origen del itinerario de san Juan Bosco como gracia, es también el punto final de su camino de crecimiento, la madurez de su vasto proyecto apostólico, la síntesis concreta de los diversos componentes de su espiritualidad y la fuente vital de su dinamismo y fecundidad<sup>50</sup>.

Esto tiene sus últimas razones en el acontecimiento de Cristo y en nuestra pertenencia a su comunidad, la

49. ACS 289, pág. 30

50. ACS 289, págs. 30-31

Iglesia, por la fe, ya que es desde la cumbre pascual y desde la perspectiva de la resurrección, la de Cristo y la nuestra, como nosotros miramos nuestra relación con la Virgen María, Madre de Dios. A partir de la anunciación se creó una relación de maternidad entre María y Jesús que no pierde fuerza, si no que se transfigura, cuando él asume su misión y muere. Así la maternidad de María adquiere significados nuevos en el momento redentor por excelencia, en la vida de la Iglesia y en su ascensión al cielo. «Creer en la resurrección y afirmar que María está, asunta, con su Hijo en el cielo, no quiere decir que viven en un astro lejano, desde el que podrían venir a la tierra en algún viaje extraordinario como astronautas; significa que están verdaderamente vivos, presentes y operantes en nuestro mundo por la nueva realidad pascual de la resurrección»<sup>51</sup>.

51. ACG 289, pág. 7

La revelación de este misterio tiene, para nosotros, la mediación de la experiencia espiritual de san Juan Bosco y de los acontecimientos en que nació el carisma salesiano. En ellos María aparece como una presencia que se siente y acoge, como una mediación materna constante, hasta el punto de ser indicada como la “maestra” de nuestra praxis educativa y de nuestra vida espiritual.

La vocación se le revela a Don Bosco mediante la intervención y la palabra de María, que le indica el campo, la finalidad y el método de la misión. Se hace su inspiradora. Así, su obra juvenil nacerá el día de la Inmaculada y crecerá sostenida por coincidencias y acontecimientos de significado mariano que ocurren dentro del oratorio o en el espacio más amplio de la Iglesia universal. La experiencia oratoriana desemboca en la Congregación Salesiana, Valdocco culmina en el santuario, la referencia a la Inmaculada se enriquece con la de Auxiliadora. San Juan Bosco, que conoce directamente toda la evolución, ve el hilo que une las diversas etapas: «Todo lo ha hecho ella». Y está seguro de que también en adelante «la Santísima Virgen conti-



52. Del «Testamento espiritual» de san Juan Bosco; cf. ACG 337. 339

nuará protegiendo a nuestra Congregación y a las obras salesianas, si nosotros seguimos confiando en ella y propagamos su culto»<sup>52</sup>.

La experiencia de Don Bosco nos lleva a fijar los ojos en la persona viva de María, figurada en dos representaciones o títulos en los que descubrimos significados particulares. La Inmaculada habla de la presencia fecunda del Espíritu, de disponibilidad al plan de Dios, de ruptura con el pecado y con las fuerzas que lo sostienen, y de totalidad de la consagración. En el oratorio inspiró la apertura a lo sobrenatural, la pedagogía de la gracia, la delicadeza de conciencia y los aspectos marianos del acompañamiento educativo. Dejó su huella en la fiesta de la Inmaculada, en la Compañía de la Inmaculada — especie de ensayo de la Congregación Salesiana—, y en la santidad de Domingo Savio, que hoy vemos como abanderado de la espiritualidad juvenil salesiana.

Otra serie complementaria de significados gira en torno al título de Auxiliadora. Nos recuerda la maternidad de María respecto a Cristo y a la Iglesia, la ayuda de María al pueblo de Dios en sus vicisitudes históricas, su colaboración en la obra de salvación y, consiguientemente, su papel en la encarnación del Evangelio en los pueblos («estrella de la evangelización»)<sup>53</sup>, y su mediación de la gracia para cada cristiano y para las comunidades.

53. Cf. EN, núm. 82

Nos infunde el sentido de Iglesia, el entusiasmo por la misión, la audacia apostólica, cuyo ejemplo tenemos en la construcción del santuario y en las expediciones misioneras, y la capacidad de reunir a fuerzas que trabajen por el Reino, como ocurre en el nacimiento de la Familia Salesiana.

Ambos aspectos, el de Inmaculada y Auxiliadora, nos dan una imagen de nuestra espiritualidad, que estimula a la caridad pastoral y a la interioridad apostólica, pues la misión de María empieza con una apertura al Espíritu, parte de la fe y se nutre, como vemos en el Magnificat, de la contemplación de los acontecimien-

tos salvíficos. Se manifiesta y desarrolla en un servicio incondicional al crecimiento de Cristo, de la comunidad cristiana y del mundo.

Es, por lo tanto, para nosotros una invitación y un estímulo a desarrollar las dos dimensiones en estrecha unidad y mutua comunicación, igual que en María se unen virginidad y maternidad; en su seno lo divino se junta con lo humano; engendrando al hombre Jesús, se hace madre de Dios. Educar a Jesús querrá decir crear las condiciones humanas para que el Verbo tenga plena expresión temporal y se arraigue en la humanidad. Contemplación y acción, pues, van en ella no sólo al mismo paso, sino fusionadas conscientemente. El sí al Padre es siempre un sí para la salvación del mundo. «La gracia de unidad tiene en nosotros un aspecto mariano imprescindible, que ilumina la interioridad apostólica y la compañía en su crecimiento. Sería una falta de objetividad reflexionar sobre nuestra consagración religiosa sin fijar la atención en la plenitud interior y en la maternidad de María»<sup>54</sup>.

Los hechos salvíficos y las vicisitudes carismáticas ponen, pues, a cada salesiano en un ámbito donde María está presente como madre. ¿Cómo demostrar que lo sabemos y que la acogemos?

En primer lugar, manteniendo con ella una relación particular, que se basa en la meditación de los acontecimientos salvíficos, de su luz y significado: la anunciación, Caná, el Calvario, la resurrección, el cenáculo; se alimenta con la atención a la vida eclesial, donde se siente su presencia; se manifiesta en la actitud filial que inspira las diversas prácticas marianas. Dicen al respecto nuestras Constituciones: «Le profesamos una devoción filial y fuerte» (art. 92).

La relación personal desemboca en el trabajo de la educación y le da su color salesiano. En la vertiente de la propuesta educativa, lleva a prestar atención a la vida de fe y de gracia, para la que María engendra a todo joven; sugiere la iniciación de los jóvenes en la relación filial con

54. *Interioridad apostólica*,  
pág. 82

Dios, demostrada en la pronta respuesta a sus inspiraciones y en el sentido del pecado; infunde confianza en la misericordia del Padre y en la fuerza redentora de Cristo.

En la vertiente del método, María sugiere una asistencia llena de comprensión, el apoyo a la vida que crece, la capacidad de cultivar las semillas y la esperanza. La fusión de ambas vertientes constituye el Sistema Preventivo, que nació y se desarrolló en la escuela espiritual de María: «Guiado por María, que fue su maestra, Don Bosco vivió, en el trato con los jóvenes del primer oratorio, una experiencia espiritual y educativa que llamó Sistema Preventivo» (Const. 20).

Por último, está el campo de la pastoral popular. Supone atención a la vivencia religiosa, el cultivo de la piedad mariana, la escucha de las demandas del pueblo de Dios, entendido en sentido amplio. En primer lugar, hay que ser capaz de percibir sus anhelos y sus esperanzas y suscitar y sostener la fe mediante expresiones encarnadas en su cultura. En los contextos populares, los salesianos educan a la juventud, trabajan en la evangelización, apoyan la promoción y colaboran en la cultura. Cultivan, pues, la devoción a Santísima Virgen estando atentos a cuatro perspectivas: valorizar el patrimonio de la religiosidad popular y los valores humanos y cristianos que lleva consigo; asumir el giro cultural de nuestros días, que invita a iluminar los nuevos interrogantes sobre la persona, el papel de la mujer, los fundamentos y la función de la fe y otros parecidos; inspirarse en las orientaciones del Vaticano II, que proclama en el contexto actual el mensaje evangélico de María; organizar mediaciones catequísticas, culturales y celebraciones con miras a arraigar en el pueblo el sentido de la presencia de María.

Hay tres representaciones plásticas de la síntesis que hemos expuesto. La primera es un hecho histórico: la construcción de la basílica; la segunda es una pintura: el cuadro de María Auxiliadora en el altar mayor, cuyos motivos sugirió personalmente san Juan Bosco; la ter-

cera es la oración de consagración que rezamos a diario: Inmaculada Virgen Auxiliadora, Madre de la Iglesia.

\* \* \*

La espiritualidad que resulta de estas fuerzas interactivas la concentra don Egidio Viganó en la expresión *corazón oratorio*. Habla de él en san Juan Bosco, que se dedicó a la educación de los jóvenes «con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas; no dio paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud»<sup>55</sup>. Evoca su experiencia pastoral original, normativa del carisma, no tanto en su materialidad cuando en su espíritu. Recuerda la praxis que nació de él y lo que supone en la persona de los educadores.

55. Const. 21; cf. ACG 321, pág. 15; 326, pág. 6

La misma expresión la aplica también a cada salesiano de todos los tiempos, en cuanto que elige a los jóvenes como campo de trabajo, se siente enviado por Dios a ellos, es capaz de hacerse querer mediante la bondad, pone a las personas en el centro de sus planes y es creativo para responder a las necesidades y demandas de los jóvenes<sup>56</sup>.

56. Cf. ACG 334, pág. 33; 352, pág. 21

El corazón oratorio se manifiesta en un deseo ardiente de revelar a Jesucristo como camino, verdad y vida, hacer gustar su gracia, cultivar las vocaciones de compromiso y acompañar hacia la santidad. Incluye el entusiasmo interior por Cristo pastor, la vibración interna por su obra de salvación y la capacidad de unirse a Dios y verlo en los jóvenes.

En una palabra, el corazón oratorio asume los rasgos de la respuesta generosa a la vocación, de la consagración apostólica, de la interioridad pastoral, del *da mihi ánimas*, del *procura hacerte querer*, de la gracia de unidad, del amor a María Auxiliadora de los cristianos, Madre de los jóvenes. Representa la identidad o fisonomía del salesiano captada en directo y en acción, en su ambiente típico, en sus tensiones y en su orientación

57. ACG 334, pág. 41

fundamental, en la moderación pero también en la vivacidad emotiva. «Es la condición salesiana desde la primera profesión hasta el último aliento»<sup>57</sup>.

*Corazón* más que indicar sólo una parte, como suele ocurrir en nuestros idiomas, asume el sentido total y existencial que posee en la Biblia. El corazón del hombre es la fuente misma de su personalidad consciente, inteligente y libre, donde tienen origen, a menudo de forma misteriosa, y maduran sus opciones decisivas, donde anida su bondad o malicia (cf. Lc 6, 45), resuena la ley no escrita y se percibe la acción de Dios; donde María conservaba la Palabra y la meditaba (Lc 1, 19; 2, 51). Por eso, se afirma que el hombre ve las apariencias, pero Dios conoce lo que hay en el corazón; que el hombre necesita un corazón nuevo para escuchar y seguir a Dios, y Dios promete cambiarle el corazón de piedra por otro de carne.

*Oratorio* abarca el carisma, la vocación personal y la experiencia histórica salesiana vivida con fidelidad dinámica.

A este núcleo de nuestra espiritualidad nos llevan los compromisos de trabajo asumidos y los que nos disponemos a desarrollar próximamente. Nos lo recuerda el "Instrumentum laboris" del Sínodo: «Es de desear — dice — una recuperación de la espiritualidad, especialmente en la vida activa, no sólo para dar más incisividad a su misión, sino también para posibilitar la misma vida consagrada en un mundo que parece haberse hecho impermeable a la evangelización, por lo que requiere sólidas personalidades espirituales que evangelicen con el fervor de los santos»<sup>58</sup>.

58. núm. 86

Es también el mensaje de don Egidio Viganó.

Os lo confío de nuevo con confianza y os saludo en el Señor, pidiéndoos una oración por el próximo XXIV Capítulo General.

JUAN E. VECCHI